

USA EN EUROPA

HACE unos veinte años se debatió en el Senado de los Estados Unidos la necesidad de mantener un cuerpo expedicionario permanente en Europa. En Yalta —febrero de 1945—, cuando la guerra estaba a punto de terminar, el Presidente Roosevelt prometió a sus interlocutores —Churchill y Stalin— que el núcleo militar norteamericano se retiraría del continente dos años después, aproximadamente, del final de la guerra. Pero Roosevelt murió dos meses después, el guerrero conservador Churchill tomó la dirección espiritual de los aliados occidentales, el primer ensayo de la bomba atómica dio resultado positivo y Truman, sucesor de Roosevelt, se encontró con el poder militar más grande del mundo en sus manos. Un debate frecuente entre historiadores es el de saber si de haber seguido Roosevelt en vida hubiese continuado la coexistencia de tiempos de guerra con la URSS y se hubiesen ahorrado los veinte años de guerra fría, hasta que Kennedy y Krutchev volvieron a emprender el camino del entendimiento. Es un debate inoperante, de interés meramente académico. Los hechos son como son, y nadie puede pronosticar el pasado. El hecho es que Truman formuló unos principios —la «Doctrina Truman», 1947— por la que los Estados Unidos se comprometían a defender «los pueblos libres que están resistiendo los intentos de subyugación por parte de minorías armadas o presiones exteriores» y, de no hacerlo, «pondríamos en peligro la paz mundial y con seguridad pondremos en peligro el bienestar de nuestra nación». La doctrina Truman produjo la Intervención inmediata en Grecia y Turquía, el Plan Marshall, el puente aéreo de Berlín y la creación de la NATO. Las tropas de los Estados Unidos no solamente no se retiraron de Europa, sino que aumentaron. La decisión de aumentarlas se tomó, a propuesta de Truman, en un debate en el Senado, en el que participaron las grandes figuras civiles y militares de la época. Se decidió entonces que el aumento de fuerzas terrestres no sería superior a cuatro divisiones, sobre las dos que ya entonces estaban en Europa. Puede decirse que en estos veinte años no se ha modificado prácticamente este contingente (en la actualidad hay 310.000 soldados; con los auxiliares, representan un contingente aproximado de medio millón de hombres).

EL debate de la semana pasada en el Senado de los Estados Unidos es una reanudación, una continuación del sucedido veinte años antes. La «enmienda Mansfield» —presentada por sorpresa como un apéndice a la nueva ley de servicio militar— estaba destinada, como repetidamente advirtió su propio autor, a la derrota, tal como ha sucedido. Se sabía, más o menos, que de una manera abrupta y unilateral los Estados Unidos no decidirían retirar antes de fin de año la mitad de sus soldados en Europa. Para Mansfield lo importante era la apertura del tema, la discusión en el Senado —y en la prensa, en el país y, naturalmente, en el mundo entero— de la cuestión acerca de si son necesarias estas tropas en Europa, de si están justificados los 1.800 millones de dólares que cuesta sostenerlas, en un momento en que la balanza de pagos en los Estados Unidos es catastrófica y el dólar flaquea por primera vez.

LA rápida, inquieta reacción de la Casa Blanca ha mostrado que el problema no estaba solamente en evitar que la enmienda prosperase —lo cual era relativamente fácil—, sino tratar de cortar el tema y volverle a dar a la cuestión todo su gran aire sagrado y retórico. Nixon ha podido reunir una serie de firmas de antepasados —entre otros, los dos antiguos Presidentes vivos, Johnson y Truman; viejos secretarios de Estado y de Defensa, antiguos comandantes en jefe de la OTAN...— para recalcar todo el énfasis de la «defensa del mundo libre», de la fidelidad a las naciones europeas firmantes de la OTAN... Pero este conjunto patriarcal no ha disipado del todo las dudas y los problemas.

¿QUE están defendiendo los 310.000 soldados americanos en Europa? Teóricamente, están preparados para contener una invasión de la infantería soviética en una guerra convencional, y por ello su principal núcleo —215.000 hombres— tiene sus bases permanentes en la República Federal de Alemania, país fronterizo. Unas preguntas que han saltado en el debate son estas: ¿es que realmente cree nadie que la Unión Soviética tiene la más lejana idea de llevar adelante una invasión de Europa? Si lo hiciese, ¿comenzaría gradualmente por una acción de infantería? Si lanzase una guerra nuclear, ¿no serían fulminadas instantáneamente esas tropas en sus propias bases por los cohetes de medio alcance? En el supuesto de que realmente la Unión Soviética iniciase un ataque de infantería sobre Europa, ¿bastarían los 315.000 soldados para contenerlo (aun uniéndose a ellos los soldados europeos)? ¿No tendría Washington que paralizar ese ataque



«Puede decirse que en estos veinte años no se ha modificado este contingente —de tropas americanas en Europa—, en la actualidad hay trescientos diez mil soldados, que con los auxiliares representan un contingente de medio millón de hombres.»

iniciando ella misma la guerra nuclear? ¿Se expondría entonces los Estados Unidos a una guerra nuclear que recaería sobre su propio territorio por defender la libertad de Europa?

LAS respuestas más coherentes que ha dado la Casa Blanca a este arsenal de preguntas de la oposición son estas dos: por una parte, los Estados Unidos mantienen una «gran alianza» con los países de la OTAN y no pueden retirar sus fuerzas de Europa sin un acuerdo previo con sus aliados; por otra, la retirada de tropas puede ser mutua, mediante un acuerdo y una negociación con la URSS. A la primera pregunta se responde con las decisiones unilaterales tomadas ya por algunos países de la alianza. Francia desalojó de su territorio las bases y los soldados de los Estados Unidos; Portugal se ha llevado a las colonias de África el contingente de soldados que debía tener a disposición de la OTAN; Canadá ha reducido su contingente en Europa; Gran Bretaña ha prescindido del servicio militar obligatorio... Hay un ya antiguo despecho entre algunos sectores de la opinión americana, un nuevo aislacionismo que se basa en estos datos: Europa Occidental ha dejado reposar casi íntegramente su defensa militar en los Estados Unidos, ha recibido sus dólares y sus inversiones, ofrece un semblante de prosperidad —y hasta de «milagro económico»— y mientras tanto, por este mismo esfuerzo, los Estados Unidos se desangran en su economía y en su tesorería... Pero otro sector —más progresista, más radical— discute o niega que el esfuerzo de defensa se haya hecho en favor de Europa, y afirma que lo que defienden en realidad los 310.000 soldados es la inversión americana en Europa, en favor de una economía imperial, con un cuadro clásico: los gastos pesan sobre el erario público —esto es, sobre el ciudadano— en forma de aumento de impuestos y al mismo tiempo de reducción de los beneficios públicos —cortes en

la seguridad social, la educación, los programas de lucha contra la pobreza...— y los beneficios van exclusivamente a las grandes empresas de material de guerra y a los inversionistas en Europa, que se introdujeron en ella a favor de los regímenes conservadores y dependientes de los Estados Unidos implantados en la guerra fría. De ahí a acusar a quienes defienden la idea de la continuidad de tropas en Europa —incluidos los antepasados que han firmado la adhesión a Nixon— de interesados económicamente en el asunto no hay más que un paso, que ha sido ya franqueado. Una vez más se ha recordado el casi testamento político de Eisenhower en sus últimos días presidenciales, en el que advertía de los peligros que podía hacer correr al país el complejo militar-industrial, y su propia declaración de que bastaría una sola división en Europa para mantener la presencia de los Estados Unidos.

EN cuanto a la posibilidad de negociar una reducción mutua de soldados con la URSS, el debate ha sido cortado prácticamente en dos por unas declaraciones soviéticas: las de Brejnev en Tiflis y las de Kossiguin al recibir al canadiense Trudeau en Moscú, insistiendo en el deseo soviético de negociar. El año pasado, la URSS había hecho ya proposiciones similares, que habían quedado sin respuesta. Esta vez la tienen positiva, y este es uno de los efectos de la enmienda de Mansfield. En cierto sentido, estas declaraciones soviéticas han venido a favorecer la postura de Nixon, hasta el punto de que algún editorialista se preguntaba si realmente la URSS deseaba, con ellas, fortalecer la postura de Nixon. La extraña sospecha ha podido acrecentarse cuando el jueves pasado Nixon hizo una solemne aparición ante las cámaras y los micrófonos de las radios para anunciar que se había llegado en Viena (negociaciones SALT) a un acuerdo para la limitación mutua del armamento nuclear, a partir de los ABM (proyectiles de defensa antibalísticos); ha dado al hecho un valor histórico al decir que «si tenemos éxito y este anuncio conjunto se plasma en realidad el mundo recordará esta fecha como el comienzo de una nueva era». Por lo menos, el anuncio conjunto sirve para lavar de Nixon las manchas de belicista-imperialista que podía arrojar sobre él el debate y el deseo de mantener las tropas en Europa. Por otra parte, el comunicado conjunto es tan poco explícito y está tan condicionado —no precisa más que «se ha llegado a un entendimiento para negociar este año un acuerdo de limitación de los sistemas defensivos nucleares ABM, y posteriormente sobre los sistemas ofensivos nucleares»— que lo que anuncia, realmente, es que van a comenzar unas negociaciones. Por el momento, los Estados Unidos llevan gastados ya 3.000 millones de dólares en el sistema ABM, que habrán sido perfectamente despilarrados si el acuerdo se produce: casi lo necesario para mantener durante dos años las tropas en Europa.

EN el frente interior de los Estados Unidos, el tema de la retirada de tropas de Europa ha saltado, gracias a Mansfield, a ser un tema más de la oposición progresista, de la izquierda nueva o vieja, de los liberales, junto a los ya conocidos de la guerra de Indochina, la desigualdad racial, la lucha contra la pobreza, la congelación de salarios,



«El debate de la semana pasada en el Senado de los Estados Unidos es una reanudación, una continuación, de lo sucedido veinte años antes. La "enmienda Mansfield" estaba destinada como repetidamente advirtió su propio autor, a la derrota, tal como ha sucedido». En la foto, Mike Mansfield, senador demócrata por Montana desde 1952.



«Las rápidamente fructíferas conversaciones entre el Presidente Pompidou y el primer ministro británico, Heath, no se producen por casualidad en este momento, ni es por casualidad por lo que Francia abre así las puertas del Mercado Común a la Gran Bretaña, tras tantos años de bloqueo».

la conversión del régimen en pollicíaco por la hipertrofia del FBI y de la CIA, la degeneración de la justicia, la corrupción de la democracia... La polarización de temas en derecha-izquierda se hace cada día más radical. Hay una especie de guerra civil fría, planteada desde el momento del asesinato de Kennedy —latente, naturalmente, desde mucho antes—, que está lejos de cesar.

¿Y en Europa? Europa dará una respuesta oficial concreta a la idea de retirada de tropas en la reunión de la OTAN que va a celebrarse en Lisboa en los primeros días de junio y, naturalmente, esa respuesta será en el sentido de que se mantengan: la OTAN tiene vida propia, y la única forma de conservarla es la conservación de las tropas americanas. Pero la vieja Europa que cubría las paredes de letreros de «Yankee, go home» ya no reacciona. Esto se debe a la repartición geográfica de las tropas. Alemania Federal no pretende que se vayan los americanos, y es la que reúne el mayor contingente. En España, donde hay diez mil soldados, hubo ciertos movimientos de inquietud y de incomodidad en los momentos en que se negociaba la reanudación de los tratados; conseguida ésta en términos que parecieron convenientes, convertidas las bases en «de utilización conjunta», se apartó el tema de las inquietudes diarias. En Turquía, el cambio de régimen se ha hecho en sentido proamericano, y las guerrillas y los comandos son portavoces de la expulsión de los americanos. Gran Bretaña depende enteramente para su defensa de los Estados Unidos. Y, en fin, Francia, que fue la gran inventora del «go home» y de las quemadas de banderas, ya no tiene soldados extranjeros en su suelo. Los partidos comunistas europeos apenas han dado eco a la enmienda Mansfield.

EN cuanto a los grandes grupos de capital que configuran la Europa conservadora de hoy —cada día más acentuadamente conservadora—, su tendencia no es la de inquietarse por una invasión soviética —simplemente no creen en ella— ni les importa la presencia de estos soldados americanos que ayudaron a implantar sus complejos industriales y sus sistemas económicos; les inquieta muchísimo más que la deterioración creciente de las finanzas y de la economía de los Estados Unidos les alcance a ellos. El primer desafío serio al dólar —sin contar los inoperantes asestados en el vacío por De Gaulle—, dado por Willy Brandt, ha sido una medida de seguridad. Las rápidamente fructíferas conversaciones en París entre Pompidou —que esta semana se ha ido a Bruselas, capital europea, en una visita que sobrepasa sin duda su aspecto oficial de «cortesía»— y el primer ministro británico, Heath, no se producen por casualidad en este momento, ni es por casualidad por lo que Francia abre así las puertas del Mercado Común a la Gran Bretaña, tras tantos años de bloqueo. En los Estados Unidos, esta posible coagulación de Europa —en otros tiempos tan deseada por ellos— en torno a un capitalismo que puede ser poderoso y que puede llegar a ser independiente se ve con intranquilidad y, digámoslo, con un cierto despecho y una cierta envidia.